

Libro 2 Capítulo 8: Cuida de las niñas - Druid del centro (Borrador del primer libro)

- Libro 2 Capítulo 8: Cuida de las niñas - Druid del centro (Borrador del primer libro)

Libro 2 Capítulo 8: Cuida de las niñas - Druid del centro (Borrador del primer libro)

Dantes logró pasar desapercibido ante los vigilantes en la Vixen como una rata, y se dirigió con rapidez a la repisa de la ventana de su habitación, donde la ventana había quedado entreabierta para facilitar el paso de Jacopo, según su deseo. Una vez dentro, se convirtió en una rata para registrar rápidamente la habitación y luego volvió a su forma habitual. Caminó en silencio por todo el cuarto, recogiendo sus pertenencias en su bolsa y levantando las tablas del suelo para encontrar los objetos que había escondido, empaquetándolos también. Cuando terminó, abrió suavemente la puerta y la empujó lentamente, permitiendo que Jacopo hiciera un rápido reconocimiento del pasillo antes de que él mismo saliera al exterior.

Se deslizó sigilosamente hacia la puerta de Vera, cuidando de no hacer crujir las tablas del suelo, que sabía por experiencia que tendían a hacerlo. El mago en la planta baja era un elfo de sangre pura, por lo que debía moverse con la máxima cautela, aunque una sensación de urgencia lo impulsaba a actuar con rapidez. Probó la cerradura de Vera y descubrió que estaba cerrada. Comenzó a sacar sus improvisados ganzúas del calabozo, pero dudó. Extendió su mano izquierda hacia la perilla y determinó hacer crecer la rama que rodeaba su brazo en dirección a ella. Envío dos pequeñas protuberancias y concentró su atención en la sensación que le transmitía la rama para percibir cómo estaban los pasadores. Tras un instante, logró abrir la cerradura y lentamente empujó la puerta. Retiró la rama hacia su brazo y entró en la habitación.

Lo esperaba Vera, con una delicada pistola en la mano, apuntándole al pecho. Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa.

“¡Dantes!” susurró, apartándose rápidamente del gatillo. “Pensé que eras uno de esos matones.”

Dantes cerró la puerta lentamente y con cuidado, luego se volvió hacia ella. “Me diste un susto, tía,” dijo en voz baja.

“Lo siento. No he dormido en toda la noche, por si alguno de ellos intentaba forzar a las chicas.”

Dantes asintió. Eso siempre era un temor. “¿Están aquí buscándome?” preguntó.

Vera asintió. “Sí. Mondego los envió tras la noticia de la segunda fuga. Nos dijeron que Mondego los mandó a quemar todo, pero Mercedes le suplicó que se detuvieran. Casi insistieron en ello. ¿Dónde estabas?”

“De visita con Gaspard.”

Vera asintió. “Eso no lo voy a negar. Fue mejor que fueras, así fue más fácil controlar la situación.”

“¿Cuál fue tu estrategia?”.

"Les dije que tú habías estado aquí y luego te traicioné a cambio de que dejaran en paz a mis chicas."

“Eres insensible, tía,” dijo ella.

Ella se encogió de hombros. “Necesito serlo. Además, pensé que tú podrías notar si algo andaba mal.”

“Ya tengo mis cosas y sé cómo salir, pero me da dudas irme mientras tienes a esos tres asesinos aquí, poniendo en riesgo a ti y a las niñas. ¿Quieres que me encargue de ellos? Ustedes se esconderían.”

“Si lo hicieras, Mondego quemaría este lugar y muchas de estas chicas no tendrían a dónde ir. No, es mejor que desaparezcas sigilosamente,” dijo ella, acercándose a su escritorio y escribiendo rápidamente en un papel. Se lo extendió a Dantes. “Toma esta nota y ve al distrito de la Guild. Allí hay una pelea clandestina cerca de los ‘Hells Forgotten’, la sede de los mercenarios. Entrégasela a un hombre llamado Vampa. Es alto, corpulento, un elfo con las puntas de ambas orejas cortadas.”

—¿Qué hará por ti?

—Es el protector de la Vixen. Entrega la nota y él vigilará el edificio para asegurarse de que los matones de Mondego no hagan nada que nos perjudique.

—¿Necesitará pago?

—No. Lo hace por honor.

Dantes metió la nota en su bolsillo, notando el brillo de orgullo en la voz de Vera cuando pronunció la palabra “honor”. Se había preguntado cómo la Vixen protegía su territorio, pero no esperaba que fuera un solo hombre, mucho menos uno en quien Vera confiara tan plenamente. Sin embargo, si lograba contactar con él, podría enfocar su atención en Mondego y atacar la raíz del problema.

—Iré a buscarlo de inmediato. No me gusta dejarlos así. —mordió un poco su labio, recordando la conversación que tuvo con Zilly casi un mes atrás. Podría haberse mudado a uno de sus jardines antes, y quizás haber evitado el problema. O incluso no haber ido a Vera en absoluto. Solo deseaba saborear un poco de su antigua vida. Un poco de familiaridad y amistad con una mujer que había ayudado a criarlo. Sin mencionar la oportunidad de satisfacer algunos deseos corporales.

— No es un crimen pedir ayuda, Dantes. No eres tan importante como para que todo lo malo que te pase sea solo culpa tuya... En el momento en que apareciste en mi puerta supe lo que hacía al dejarte quedarte aquí. Sabía que tú fuiste quien lideró la fuga y que habías obtenido alguna

ventaja que antes no tenías. Fue tanto mi decisión de dejarte quedarte como la tuya de venir aquí.

Dantes hizo una mueca, avergonzado por haber sido tan fácilmente leído. Abrió la boca para decir algo, pero cambió de tema al comenzar a hablar.

— Buscaré a Vampa Tía. Ten cuidado en lo que puedas.

Ella asintió, y le sorprendió envolviéndolo en un abrazo. —Ten cuidado... al menos en la medida en que puedas.

Él devolvió el abrazo. —Lo haré, Tía. Cuida a las chicas.

Ella asintió, y Dantes salió sigilosamente por la puerta. Él había estado vigilándola con Jacopo, por lo que sabía que estaba despejada. Regresó a su habitación, se convirtió en una rata, salió por la ventana y se dirigió a la calle. Había sido cuidadoso en no dejar rastro de su visita, y, por lo que pudo observar, las personas que vigilaban a la Vixen no tenían idea de ello.

El sol ya había salido, bañando las calles mojadas en luz y formando suaves charcos reflectantes de agua estancada. Era hermoso a la vista, salvo por el hecho de que el agua estaba bastante sucia. Deslizándose por algunos callejones junto a Jacopo, dejando un par de ratas y cucarachas para vigilar a la Vixen, aun si Vampa podía ayudar o no, él también debía mantenerse alerta. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, volvió a ser él mismo y ayudó a Jacopo a meterse en su bolsillo. Las calles comenzaban a llenarse de gente otra vez, y aunque lucían cautelosos, preocupados y con mayor presencia policial, todavía estaban lo suficientemente atestadas para que nadie lo notara. Estaba razonablemente limpio, sin garantías obvias de collar y con mucha experiencia en mantener la cabeza baja.

Llegó al Distrito de las Guildas justo antes del mediodía. Allí la presencia policial disminuía notablemente, ya que los mercenarios y aventureros eran demasiado indisciplinados para ser manejados por sí mismos, y los gremios de comerciantes eran protegidos y respetados por estas bandas, dado que muchas de sus herramientas y recursos provenían de allí. Había oído más de una historia en la que un aventurero novato aprovechaba a la hija de un arriero, solo para ser hallado muerto al día siguiente. Sin embargo, vio algunos carteles colocados por la guardia indicando que cualquier aventurero o mercenario que capturara a un prisionero sería recompensado por su esfuerzo.

Dantés no tenía mucha experiencia en el Distrito de la Guilda. El padre de Mondego había trabajado allí como un carpintero relativamente reconocido, pero nunca lo había visitado, y a Dantés no le interesaban los aprendizajes ni el trabajo arduo. Gaspard había propuesto una vez robar a algunos artesanos de joyas en la fuente de oro y gemas en bruto, pero tanto Dantés como Danglars sabían que esos objetos eran mucho más valiosos y fáciles de vender una vez completado el trabajo de artesanía. Además, era mucho más sencillo lidiar con el calor de la guardia que vigilaba una joyería que enfrentarse a las posibles consecuencias que un miembro de la Guilda podría armar contra ellos.

Dantés caminaba con calma, observando todo a su alrededor. Notó que varias tiendas estaban cerradas, probablemente expulsadas del negocio por las fábricas cercanas a los muelles, pero

todavía había algunos especialistas por allí. Pasó por almaceneros, hechiceros, joyeros, carpinteros, herreros, cantores de madera e incluso algunos vinculadores de hadas. Cuando llegó al centro del distrito, la vestimenta promedio cambió de delantales y vestimentas de trabajo a cuero y cota de malla, con espadas y arcos a la espalda, y puñales atados a las piernas.

Mientras caminaba, comenzó a dejarse llevar por una corriente de personas que lentamente lo dirigía hacia una cercana arena, la que era mantenida por la guilda de aventureros. Curioso y, de todos modos, dirigido en esa dirección, se permitió ser arrastrado por la multitud. Mientras avanzaba, metía los dedos en los bolsillos y chaquetas cercanas, deslizando cualquier moneda fría y con forma de círculo sin siquiera mirar hacia abajo. No había razón para desperdiciar la oportunidad de estar rodeado por una multitud distraída con los bolsillos llenos.

Finalmente se encontró en las gradas de la arena, necesitando mirar entre un par de altos elfos para ver el foso con arena en el suelo. En él estaban cinco hombres, y por un momento pensó que era una pelea libre, hasta que echó un vistazo mejor y se dio cuenta de que cuatro de los hombres estaban enfrentados a uno en la esquina.